

Esta es una pequeña muestra
del libro *Moldeados por el evangelio*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

Reconocimientos a *Iglesia centrada*

En una cultura que cambia a gran velocidad y que parece extraña a muchos cristianos (¡así como los cristianos les parecen extraños a muchos en la cultura!), es fácil para los creyentes darse por vencidos y adoptar una postura totalmente a la defensiva. En este importante libro, Tim Keller explica el evangelio y con cuidado, pero con firmeza, nos recuerda que no es negociable. Al mismo tiempo nos permite reflexionar sobre cómo podemos interactuar responsablemente con la cultura, cómo podemos —de hecho, debemos— apreciar las cosas buenas que hay en ella, y de qué manera podemos firme y fielmente aplicar el evangelio. Sin embargo, no se trata de un libro práctico y mecánico; más bien es una meditación reflexiva sobre temas importantísimos de la Escritura, escrito por alguien que ha ejercido fielmente por espacio de dos décadas un ministerio pastoral en una ciudad grande.

D. A. Carson, autor de *El Dios que está presente*

Nadie ha escuchado más íntimamente las armonías de la ciudad, la cultura, la iglesia y la Escritura que Tim Keller. En *Iglesia centrada*, no solo describe los diferentes acordes de la música, sino que nos cuenta cómo ha orquestado los resultados en beneficio del ministerio de alcance evangelístico y la renovación. Nos toca ahora a nosotros escuchar, a medida que Tim de forma práctica, pero poderosa, nos prepara para que participemos en esta gran sinfonía del evangelio.

Bryan Chapell, autor de *La predicación Cristocéntrica
y Gracia sin límites*

Este libro extraordinario, al igual que el ministerio de Manhattan del cual emana, demuestra cómo el discernimiento teológico reformado y la sabia inteligencia pastoral pueden combinarse para lograr resultados espirituales en contextos urbanos en todas partes. Cada página ilustra. Keller es un enorme regalo para la iglesia de hoy.

J. I. Packer, autor de *Conocer a Dios*

Los líderes eclesiásticos abandonan su llamamiento singular si solo piensan de manera teológica, dejando de ver el mundo a la luz del evangelio y de ayudar para que sus iglesias vivan en el mundo con la sabiduría del evangelio. Nadie presenta este caso más claramente hoy que Tim Keller, que se resiste al patrón demasiado fácil de vender un solo modelo de lo que significa ser la iglesia que encaja en cualquier situación. En su lugar, le da vida a un sinnúmero de formas en que las iglesias son llamadas a ser fieles y fructíferas en sus contextos culturales propios y singulares. Lee este libro si quieres saber cómo formular las preguntas verdaderamente importantes (y difíciles) con las que el evangelio confronta nuestra identidad eclesial.

Richard Lints, distinguido profesor de teología Andrew Mutch, Seminario Teológico Gordon-Conwell

Las ciudades son retadoras y complejas, aunque también importantes y estratégicas. Y los que son llamados a ministrar en las ciudades necesitan estímulo y recursos que alimenten la esperanza y la eficiencia. Por esta razón me alegra que Tim Keller haya escrito este libro. Su pasión por el evangelio, un corazón que late por la ciudad, así como la visión de un movimiento del Espíritu Santo que transformará vidas y será portador de esperanza y paz para nuestras ciudades, lo han llevado a hablarnos de sus experiencias y pensamientos. Es más, la iglesia a la que él sirve habla de la integridad de su corazón y de la posibilidad de que esta visión se realice. Prepárate. Este libro hará que tus ideas se agudicen y tu corazón se conmueva.

Dr. Crawford W. Loritts, hijo, pastor principal, Fellowship Bible Church, Roswell, Georgia

La mayoría de nosotros observa y ve lo que es obvio. Tim observa y ve lo que otros no ven, en especial cuando se trata de la verdad de la Palabra de Dios y la cultura de nuestros días. Una vez más nos ha dado una comprensión bien profunda, en esta ocasión en lo que se refiere a la iglesia y cómo esta puede experimentar su potencial más saludable. ¡Sería insensato saber de este libro y no leerlo!

Randy Pope, pastor, Perimeter Church, Atlanta, Georgia

Iglesia centrada es un recurso sumamente útil para la próxima generación de líderes eclesiásticos. Es profundamente teológico, invita a la reflexión y la revitalización, y hasta cierto punto incomodará a quien lo lea. ¡Repito, Tim Keller ha dado en el blanco!

Alistair Begg, pastor y autor de *Verdad para vivir*

En *Iglesia centrada*, uno de los grandes estadistas misioneros de nuestros tiempos expone una visión de la iglesia lo suficientemente vigorosa como para transformar ciudades enteras por medio del evangelio. Tim es un maestro dotado, un líder destacado y un discípulo ejemplar de Jesús. ¡Digno de leerse!

Alan Hirsch, fundador de Forge Missional Training Network

Vivimos en una época de líderes eclesiásticos extraordinarios y notables pensadores cristianos, pero no estoy seguro de que haya un líder de iglesia más dedicado en nuestros días que Tim Keller. *Iglesia centrada* es un llamamiento al ministerio eclesiástico forjado por una profunda reflexión teológica y una exégesis cultural sensible, ejecutado por líderes valerosos, para que la ciudad pueda otra vez florecer bajo el evangelio.

John Ortberg, pastor principal, Menlo Park Presbyterian Church, Menlo Park, California

Tim Keller nos ha dado un libro que debe leerse sobre el ministerio moldeado según el evangelio. Teológicamente sólido y en extremo práctico, constituye una investigación a fondo de las implicaciones del evangelio para la vida y el ministerio de la iglesia. La brecha entre la teología bíblica y práctica se franquea de forma magistral. Al trabajar con Tim y Redeemer City to City, me he beneficiado del contenido de este libro y puedo testificar sobre la profunda influencia que ha ejercido en ministerios e iglesias de todo el mundo. No se trata solo de un currículo; es exactamente la clase de teología del evangelio generador de vida que nuestras iglesias necesitan. Este libro no debe faltar en la biblioteca de todo cristiano reflexivo.

Stephen T. Um, pastor principal, Citylife Presbyterian Church, Boston, Massachusetts

La iglesia de Keller en Nueva York sirve como uno de los mejores modelos del mundo para el ministerio centrado en el evangelio que de manera sabia, bíblica y fructífera se conecta con su comunidad. Esto se debe principalmente a la sólida comprensión del evangelio del Dr. Keller y a su talento excepcional para interpretar la cultura. Su último libro será de gran ayuda para todo el que ejerza un ministerio en cualquier lugar. *Iglesia centrada* no es un manual para reproducir el ministerio de Keller, sino algo mucho más importante: la visión teológica de cómo el evangelio de Jesucristo se relaciona con la cultura, el ministerio y la vida cristiana.

Philip Ryken, rector, Wheaton College

No exagero cuando digo que *Iglesia centrada* es mi libro favorito de los escritos por Tim Keller hasta ahora. Tal vez este libro sencillamente representa la destilación de la sabiduría de Tim: la síntesis de años de sazonarse en el evangelio, exponer el texto de la Escritura y captar el alma de nuestra cultura; su deseo de dialogar sin diatriba; su compromiso constante a reflexionar en las implicaciones radicales de la gracia de Dios; su inmenso amor por la novia de Jesucristo, el reino de Dios y la historia de la redención. Todo aquí es refrescante. ¡Qué lectura tan impresionante y práctica! Aguardo impaciente el momento de usar este libro con líderes e iglesias emergentes dispuestos a soñar.

Scotty Smith, pastor fundador, Christ Community Church, Franklin, Tennessee

MOLDEADOS POR EL
{ EVANGELIO }

Serie Iglesia centrada

Moldeados por el evangelio

(contribuciones adicionales de
Michael Horton y Dane Ortlund)

Amar la ciudad

(contribuciones adicionales de
Daniel Strange, Gabriel Salguero
y Andy Crouch)

Servir a un movimiento

(contribuciones adicionales de
Tim Chester, Daniel Montgomery,
Mike Cosper y Alan Hirsch)

MOLDEADOS POR EL { EVANGELIO }

CÓMO EJERCER UN MINISTERIO BALANCEADO
Y CENTRADO EN EL EVANGELIO EN TU CIUDAD

Una nueva edición de la
primera parte de *Iglesia centrada*

TIMOTHY KELLER

CONTRIBUCIONES ADICIONALES DE
MICHAEL HORTON Y DANE ORTLUND



Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#IglesiaCentrada

Moldeados por el evangelio

Timothy Keller

© 2021 por Poiema Publicaciones,
Redeemer City to City y Timothy J. Keller

Traducido con el debido permiso del libro *Shaped by the Gospel* © 2016 por Redeemer City to City, Timothy Keller y Zondervan. Zondervan 3900, Sparks Dr. SE, Grand Rapids, Michigan 49546.

El contenido anteriormente publicado en *Iglesia centrada* fue traducido por Grupo Nelson. Tanto la adaptación como la revisión de ese contenido, junto con la traducción del nuevo contenido de este título, fueron realizados por Poiema Publicaciones.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1986, 1999, 2015, por Biblia, Inc. Usada con permiso. Las citas bíblicas marcadas con la sigla NBLA han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-02-7

SDG

TABLA DE CONTENIDO

<i>Introducción a la serie</i>	11
<i>Nota de Timothy Keller.</i>	23
Parte I: Teología del evangelio	27
1. El evangelio no lo es todo	29
2. El evangelio no es algo simple	49
3. El evangelio afecta todo	61
Comentarios sobre la teología del evangelio	75
Respuesta a Michael Horton	91
Parte II: Renovación del evangelio	99
4. La necesidad de una renovación del evangelio	101
5. La esencia de la renovación del evangelio	113
6. La obra de renovación del evangelio	129
Comentarios sobre la renovación del evangelio	149
Respuesta a Dane Ortlund	165
<i>Notas de texto</i>	173
<i>Abreviaturas</i>	187
<i>Acercas de los colaboradores</i>	188

INTRODUCCIÓN A LA SERIE

Hay dos clases de libros que generalmente se escriben para pastores y líderes eclesiásticos. En uno de ellos se exponen principios bíblicos generales para todas las iglesias; comienzan con exégesis y teología bíblica y enumeran las características y funciones de una verdadera iglesia. La característica más importante es que cualquier ministerio sea fiel a la Palabra y tenga una doctrina sólida, aunque estos libros también exigen, acertadamente, estándares bíblicos de evangelización, liderazgo en la iglesia, comunidad y membresía, adoración y culto.

Al otro lado del espectro encontramos otra categoría de libros en los que no se dedica mucho tiempo a definir fundamentos bíblicos teológicos, aunque prácticamente en todos ellos se citan pasajes bíblicos. Son más bien libros prácticos “de procedimientos” que describen actitudes específicas, programas y maneras de conducir la iglesia. Esta categoría de libros apareció en escena durante el movimiento de crecimiento de la iglesia en los años setenta y ochenta, con las obras de autores como C. Peter Wagner y Robert Schuller. Una segunda generación de libros del mismo estilo apareció con las historias personales de iglesias de éxito publicados por los pastores principales que destilaban principios prácticos para que otros los utilizaran. Una tercera generación de libros eclesiásticos prácticos comenzó hace más de diez años. Son volúmenes que directamente critican los libros “de procedimientos” sobre el crecimiento de la iglesia. Sin embargo, en su mayoría hablan de estudios de casos particulares y describen qué aspectos debe tener una buena iglesia sobre el terreno, con consejos prácticos sobre cómo organizar y conducir el ministerio.

De estos volúmenes casi siempre me he beneficiado, ya que de la lectura de cada libro saco por lo menos una buena idea que puedo poner en práctica. Pero en términos generales, descubrí que estos libros ayudaban menos de lo que esperaba. Implícita o explícitamente

presentaban, casi como absolutas, técnicas y modelos que habían funcionado en un lugar y momento específicos. Estaba casi seguro de que muchos de estos métodos no funcionarían en Nueva York ni podrían aplicarse de manera universal como lo hacían ver los autores. En particular, para líderes eclesiásticos fuera de los Estados Unidos, estos libros resultaban molestos porque los autores presuponían que lo que servía en una comunidad de cualquier ciudad de los Estados Unidos, debía dar resultados en casi todas partes.

A medida que la gente me apremiaba para que hablara y escribiera acerca de nuestra experiencia en Redeemer, me di cuenta de que la mayoría quería que escribiera mi propia versión de la segunda clase de libro. Los pastores no querían que recapitulara la doctrina bíblica ni los principios de la vida de la iglesia que habían aprendido en el seminario. Más bien, buscaban un libro de “secretos para tener éxito”. Querían instrucciones específicas sobre programas y técnicas que atrajeran a la gente urbana. Uno de los pastores dijo: “Ensayé el modelo de Willow Creek. Ahora estoy listo para probar el modelo de Redeemer”. La gente se nos acercaba porque sabía que estábamos floreciendo en una de las ciudades con menos iglesias y de las más seculares de los Estados Unidos. Pero cuando los visitantes comenzaron a llegar a Redeemer a principios y mediados de los años noventa, se desilusionaron porque no podían distinguir un nuevo “modelo” —por lo menos no en la forma de programas nuevos y singulares—. Esto se debe a que el “secreto” verdadero de los resultados de Redeemer no estaba en sus programas de ministerio, sino en algo que operaba de una manera más profunda.

Hardware, middleware y software

¿Cuál era exactamente este nivel más profundo? A medida que el tiempo transcurría comencé a darme cuenta que había un espacio intermedio entre las dos dimensiones más evidentes del ministerio. Todos tenemos una *base doctrinal*, es decir, un conjunto de creencias teológicas, y todos llevamos a cabo el ministerio de una *forma particular*. Pero muchos ministros adoptan programas y prácticas de ministerio que no encajan bien con sus creencias doctrinales ni con sus

contextos culturales. Adoptan métodos populares que esencialmente se “adquieren” fuera, y que son ajenos a la teología o al ambiente de la iglesia (¡a veces a ambos!). Y cuando esto ocurre, notamos la falta de productividad. Estos ministros no cambian las vidas de las personas dentro de la iglesia, ni alcanzan a la gente de su ciudad. ¿Por qué no? Porque ciertamente los programas no nacen de reflexionar en el evangelio y en la particularidad de la cultura que los rodea.

Si consideras que tu base doctrinal es el “hardware”; y los programas de ministerio, el “software”, es importante que entiendas que existe algo llamado “middleware”. No soy experto en computadoras (por no decir que no sé casi nada), pero tengo amigos muy conocedores y versados en este campo, quienes me dicen que el middleware es una capa de software que se encuentra entre el hardware y el propio sistema operativo junto con las diversas aplicaciones de software que los usuarios utilizan. De igual manera, entre las creencias doctrinales y las prácticas ministeriales propias, debe haber una visión bien concebida de cómo hacer que el evangelio ejerza su influencia en un ambiente cultural y momento histórico particulares. Se trata de algo más práctico que meras creencias doctrinales, pero mucho más teológico que “cómo dar el paso” para realizar un ministerio específico. Cuando ya se tiene la visión, con sus énfasis y valores, dicha visión guía a los líderes de la iglesia a tomar buenas decisiones sobre cómo adorar, disciplinar, evangelizar, servir e interconectar la cultura con sus campos de ministerio, ya sea en la ciudad, en el suburbio o en un pueblo pequeño.

La visión teológica

Este “middleware” se parece a lo que Richard Lints, profesor de teología del Seminario Teológico Gordon-Conwell, llama una “visión teológica”.¹ De acuerdo con Lints, nuestra base doctrinal sacada de las Escrituras es el punto de partida para todo:

La teología debe ser en primer lugar como una conversación con Dios [...] Dios habla y nosotros escuchamos [...] El armazón de la teología cristiana se sostiene primeramente por el escuchar; escuchar a Dios. Uno de los peligros más

grandes que enfrentamos en el quehacer teológico es nuestro deseo de hablar todo el tiempo [...] A menudo cedemos a esta tentación cuando colocamos límites conceptuales extraños a lo que Dios puede hacer y ha dicho en la Palabra [...] Metemos a la fuerza el mensaje de redención en un paquete cultural que desvirtúa sus intenciones reales. O intentamos ver el evangelio únicamente desde la perspectiva de una tradición que tiene poca conexión viviente con la obra redentora de Cristo en la cruz. O colocamos restricciones racionales al mismísimo concepto de Dios, en vez de permitir que Dios defina los conceptos de la racionalidad.²

Sin embargo, la base doctrinal no es suficiente. Antes de que selecciones métodos específicos de ministerio, debes primero preguntarte cómo tus creencias doctrinales “podrían relacionarse con el mundo moderno”. El resultado de esta pregunta “genera una visión teológica”.³ En otras palabras, una visión teológica es una visión sobre lo que vas a *hacer* con tu doctrina en un momento y lugar específicos. ¿Y cómo se desarrolla una visión teológica? Lints demuestra que surge, por supuesto, de una profunda reflexión en la Biblia misma, aunque también depende mucho de lo que pienses de la cultura que te rodea. Lints brinda esta importante observación:

Una visión teológica permite [a la gente] entender su cultura de una manera diferente a como lo hacía antes [...] Los que son facultados por la visión teológica no solamente se oponen a los impulsos de la tendencia prevaleciente de la cultura, sino que toman la iniciativa de entender esa cultura y hablarle desde el marco de las Escrituras [...] La visión teológica moderna debe tratar de llevar todo el consejo de Dios al mundo de su tiempo, a fin de que ese tiempo sea transformado.⁴

Con esto en mente, propongo una serie de preguntas que nos pueden guiar en el desarrollo de una visión teológica. La visión teológica brotará cuando respondamos a estas preguntas:

- ¿Qué es el evangelio y cómo hacemos para que afecte el corazón de la gente de hoy?
- ¿Cómo es esta cultura, y de qué manera podemos conectarnos con ella y retarla en nuestra comunicación?
- ¿Dónde estamos localizados —en la ciudad, el suburbio, el pueblo, la zona rural— y cómo afecta esto a nuestro ministerio?
- ¿Hasta qué punto y cómo deben los creyentes participar en la vida cívica y en la producción cultural?
- ¿Cómo deben los diversos ministerios de una iglesia —palabra y acción, comunidad e instrucción— relacionarse entre sí?
- ¿Cuán innovadora y cuán tradicional debe ser nuestra iglesia?
- ¿Cómo se relacionará nuestra iglesia con las otras iglesias de nuestra ciudad y región?
- ¿Cómo le presentaremos a la cultura la verdad del cristianismo?

La visión teológica, que surge de nuestra base doctrinal, y que incluye implícita o explícitamente apreciaciones sobre la cultura, es la causa más inmediata de nuestras decisiones y selecciones en lo que concierne a la expresión ministerial. Es una revisión fiel del evangelio con valiosas implicaciones para la vida, el ministerio y la misión, en un tipo de cultura, en un momento dado en la historia. Tal vez podemos representarlo así (ver diagrama de la siguiente página):

Iglesia centrada

Este contenido se publicó originalmente en el año 2012, como una de tres partes de una obra más extensa llamada *Iglesia centrada*. En ese libro, presenté la visión teológica que ha guiado nuestro ministerio en Redeemer. Pero ¿qué quisimos decir con el término *iglesia centrada*? Escogimos este término por varias razones.

1. El evangelio está en el centro. Una cosa es ejercer un ministerio que cree en el evangelio y que aun lo proclama, y otra cosa es ejercer un ministerio centrado en el evangelio.

2. El centro es el punto de equilibrio. Necesitamos un equilibrio como el de las Escrituras: de ministerios de palabras y de hechos; de confrontar y de afirmar la cultura humana; de interacción

cultural y de distinción contracultural; de compromiso con la verdad y de generosidad hacia aquellos que no comparten las mismas creencias; de tradición y de innovación en la práctica.

3. Nuestra visión teológica debe estar moldeada por y para los centros urbanos y culturales. El ministerio en el centro de ciudades globales es la prioridad más grande de la iglesia del siglo XXI. Si bien esta visión teológica se puede aplicar ampliamente, la experiencia urbana le da un sabor indiscutible.

4. La visión teológica está en el centro del ministerio. Una visión teológica crea un puente entre la doctrina y la expresión. Es central a la manera en que se ejerce el ministerio. Dos iglesias pueden tener diferentes marcos doctrinales y expresiones ministeriales, pero la misma visión teológica, y se sentirán como ministerios hermanos. Por otra parte, dos iglesias pueden tener marcos doctrinales afines aunque visiones teológicas diferentes, y sentirán que son distintas.

La visión teológica de la iglesia centrada puede enunciarse de manera simple mediante tres compromisos básicos: el evangelio, la ciudad y el movimiento.⁵ Cada libro de la serie *Iglesia centrada* cubre uno de estos tres compromisos.

El evangelio. La Biblia y la historia de la iglesia nos demuestran que es posible tener todas las doctrinas bíblicas individuales correctas, y no obstante, perder la eficacia del evangelio. Por consiguiente, es crucial que en cada nueva generación y lugar se encuentren modos de *comunicar el evangelio clara y poderosamente*, distinguiéndolo de lo opuesto y las falsificaciones.

La ciudad. Todas las iglesias deben comprender, amar e identificarse con sus comunidades locales y ambientes sociales, y al mismo tiempo ser capaces de criticarlos, confrontarlos y estar dispuestas a hacerlo. Toda iglesia, ya sea que se encuentre ubicada en una ciudad, en un suburbio o en una zona rural (y hay considerables permutaciones y combinaciones de estos escenarios), debe aprender y hablar de las características de la vida humana en esos lugares. Pero también debemos pensar en cómo el cristianismo y la iglesia se interconectan e interaccionan con la cultura en general. Esto se ha convertido en una cuestión aguda en la medida que la cultura occidental se ha vuelto cada vez más poscristiana.

El movimiento. La última área de la visión teológica tiene que ver con las *relaciones* de la iglesia: con la comunidad, con su pasado reciente y profundo, y con otras iglesias y ministerios. Hay iglesias que son altamente institucionales, con un énfasis bien marcado en su propio pasado, mientras que otras son antiinstitucionales, fluidas y caracterizadas por la innovación y el cambio constantes. Algunas iglesias se consideran leales a una tradición eclesiástica en particular, y por eso llevan en el corazón la liturgia y las prácticas ministeriales históricas y tradicionales. Las que sienten una fuerte identificación con una denominación en particular o una tradición más nueva, a menudo se resisten al cambio. Al otro lado del espectro hay iglesias con poco sentido de un pasado teológico y eclesiástico que tienden a relacionarse fácilmente con una amplia variedad de iglesias y ministerios. Todas estas diferentes perspectivas ejercen un enorme impacto sobre cómo en verdad llevamos a cabo el ministerio.

¿QUÉ HACER?

Cómo se proclama el evangelio en una iglesia en particular, en una comunidad, en un momento dado.

- Adaptación a la cultura local
- Estilo de adoración y programación
- Procesos de discipulado y alcance evangelístico
- Gobierno y dirección de la iglesia

EXPRESIÓN
MINISTERIAL

¿CÓMO VERLA?

Una revisión fiel del evangelio con valiosas implicaciones para la vida, el ministerio y la misión en un tipo de cultura, en un momento dado en la historia.

- Visión y valores
- El ADN del ministerio
- Énfasis, posición, filosofía del ministerio

VISIÓN
TEOLÓGICA

¿QUÉ CREER?

Las verdades eternas de la Biblia acerca de Dios, nuestra relación con Él y los propósitos que Él tiene para el mundo.

- Tradición teológica
- Afiliación a una denominación
- Teología sistemática y bíblica

BASE
DOCTRINAL

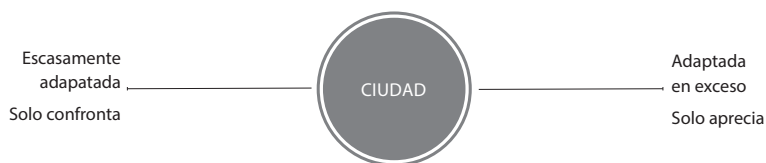
El equilibrio de los tres ejes

Una de las maneras más sencillas de comunicar lo necesarios que son la sabiduría y el equilibrio al formular los principios de la visión teológica es pensar en tres ejes.



1. El eje del evangelio. En un extremo del eje está el legalismo, la enseñanza que afirma o el espíritu que implica que podemos salvarnos a nosotros mismos por la manera en que vivimos. Al otro extremo está el antinomio, o en la jerga popular, el relativismo: el enfoque de que no importa cómo vivimos; que Dios, si es que existe, ama a todo el mundo. Pero el evangelio no es ni legalista ni relativista. Solo somos salvos por fe y por gracia, pero no por una fe que permanece aislada. La gracia verdadera siempre da como resultado vidas transformadas de santidad y justicia. Por supuesto, es posible perder el evangelio debido a la heterodoxia.

Es decir, si ya no creemos en la deidad de Cristo o en la doctrina de la justificación, necesariamente nos deslizaremos hacia el legalismo o hacia el relativismo. Pero también es posible mantener una sana doctrina y sin embargo estar marcados por la ortodoxia muerta (aire de superioridad moral), la ortodoxia desequilibrada (énfasis excesivo en algunas doctrinas que oscurecen el llamado del evangelio) o incluso la “ortodoxia desorientada”, consecuencia de la exposición de doctrinas como en una clase teológica, pero que no se combinan para que penetren en los corazones de las personas a fin de que experimenten la convicción de pecado y la belleza de la gracia. Nuestra comunicación y nuestras prácticas no deben tender ni hacia la ley ni hacia la licencia. En la medida en que lo hagan, pierden el poder de transformar vidas.⁶



2. El eje de la ciudad (que también pudiera llamarse eje de la cultura). Demostraremos que para alcanzar a la gente debemos apreciar su cultura y adaptarnos a ella, pero también debemos confrontarla y desafiárla. Esto se fundamenta en la enseñanza bíblica de que todas las culturas son receptoras de la gracia de Dios y tienen una revelación natural de Él en ellas, aunque también son obstinadamente idólatras. Si nos adaptamos en exceso a una cultura, hemos aceptado los ídolos de esa cultura. Sin embargo, si nos adaptamos escasamente a una cultura, puede que hayamos tornado nuestra propia cultura en un ídolo, un absoluto. Si nos adaptamos en exceso a una cultura, no podemos cambiar a la gente porque no la estamos invitando al cambio. Si nos adaptamos escasamente a la cultura, nadie será transformado porque no habrá quien los escuche; confundiremos, ofenderemos o simplemente seremos incapaces de persuadir. En la medida en que un ministerio se adapte en exceso o escasamente a una cultura, perderá su poder para transformar vidas.



3. El eje del movimiento. Algunas iglesias se identifican tan poderosamente con su propia tradición teológica, que no pueden hacer causa común con otras iglesias o instituciones evangélicas para alcanzar a una ciudad o trabajar por el bien común. También tienden a aferrarse fuertemente a formas de ministerios del pasado y son iglesias sumamente estructuradas e institucionales. Por el contrario, otras iglesias son extremadamente antiinstitucionales. Prácticamente no tienen identificación con una herencia o denominación particular

y no tienen mucha relación con un pasado cristiano. En algunos casos carecen prácticamente de un carácter institucional, son completamente flexibles e informales. Una iglesia en cualquiera de estos extremos asfixiará el desarrollo del liderazgo y estrangulará la salud de la iglesia como entidad corporativa, como comunidad. En la medida en que cometa cualquiera de estos errores, pierde su poder de dar vida.

Cuanto más “en el centro” de todos los ejes se halle el ministerio, más dinamismo y efectividad tendrá. El ministerio que se encuentre en un extremo del espectro o de los ejes, limitará el poder de cambiar las vidas de las personas en ese entorno.

Así como con la publicación original de *Iglesia centrada*, espero que estos tres volúmenes más pequeños sean útiles y propicien debates. Cada uno de los volúmenes de la serie corresponde a uno de los tres ejes.

Moldeados por el evangelio examina la necesidad de recuperar una perspectiva bíblica del evangelio. Nuestras iglesias se deben distinguir por nuestro fondo teológico-evangélico más que por nuestra poca profundidad doctrinal, nuestro pragmatismo, nuestra falta de reflexión y nuestra filosofía orientada a métodos. Además, necesitamos experimentar una renovación para que una nota constante de gracia se aplique a todo y nuestro ministerio no esté marcado por el legalismo o el intelectualismo frío.

Amar la ciudad resalta la necesidad de ser sensibles a la cultura en vez de escoger pasar por alto nuestro momento cultural y preocuparnos de las diferencias culturales existentes entre grupos. Examina cómo podemos desarrollar una visión para nuestra ciudad a través de adoptar formas amables de ministrar a la ciudad, en vez de acercamientos que son hostiles o indiferentes a la misma. También observamos cómo comprometernos con la cultura de una manera en que evitamos ser demasiado triunfalistas o tener una actitud demasiado apartada o subcultural.

Servir a un movimiento muestra por qué cada ministerio de la iglesia debe mirar hacia el exterior aguardando la presencia de personas no creyentes y respaldando a los laicos en su ministerio en el mundo. También vemos la necesidad de tener un ministerio

integrante, donde ministramos con palabras y obras ayudando a satisfacer las necesidades espirituales y físicas del pobre y de los que viven y trabajan en centros culturales. Finalmente, vemos la necesidad de tener una actitud de disposición a cooperar con otros creyentes, sin ser conscientes de zonas de influencia ni desconfiados, sino promoviendo con entusiasmo una visión para toda la ciudad.

Entonces, el propósito de estos tres volúmenes no es delinear un “modelo al estilo de Redeemer”. Esto no es una “iglesia en una caja”. En lugar de eso, seguimos diseñando una visión teológica específica para el ministerio que estamos seguros que permitirá a muchas iglesias alcanzar a la gente en nuestro día y época, de forma particular, mientras la avanzada globalización occidental moderna siga afectando la cultura. Esta realidad es especialmente cierta en las grandes ciudades del mundo, pero estos cambios culturales se están sintiendo en todas partes, por eso confiamos en que los líderes eclesiales de una gran variedad de ambientes sociales encuentren útil este libro. Recomendaremos una visión para usar el evangelio en la vida de la gente contemporánea, contextualizando, entendiendo a las ciudades, comprometiéndose culturalmente, discipulando para la misión, integrando variados ministerios y patrocinando dinámicas del movimiento en su congregación y en el mundo. Este conjunto de énfasis y valores —la visión teológica de una iglesia centrada— puede capacitar a toda clase de modelos de iglesias y métodos en todo tipo de escenarios. Creemos que si abrazas el proceso de hacer que tu visión sea manifiesta, seleccionarás mejores modelos y métodos.

NOTA DE TIMOTHY KELLER

Iglesia centrada es un manual para líderes eclesiales que trabajan en el ministerio hoy en día, en especial aquellos que sirven en áreas urbanas o urbanizadas. Este volumen contiene el material de las dos primeras partes de *Iglesia centrada*, es decir, Teología del evangelio y Renovación del evangelio, junto con dos ensayos de otros autores que dan sus comentarios sobre el contenido, seguidos por mis respuestas a sus comentarios. Los dos autores que presentan magníficos ensayos aquí son Michael Horton, que comenta sobre la Teología del evangelio, y Dane Ortlund, que comenta sobre la Renovación del evangelio.

Las tesis de *Iglesia centrada* es que el evangelio no es simplemente el conjunto mínimo de creencias que se requieren para la salvación. El evangelio es el que debe darle recursos, forma y dirección a todo el ministerio. Por tanto, el contenido de la Teología del evangelio y, hasta cierto punto, el de la Renovación del evangelio es fundamental para todo lo que viene después. Tenemos que comprender lo que es el evangelio antes de poderlo aplicar a todas las áreas del ministerio en la iglesia.

Como observarás en este volumen, he estructurado mis ensayos de respuesta usando tres encabezados: agradecido, útil e interesante. En ambos ensayos, hubo muchos lugares en los que los autores confirmaron algunas de las tesis de *Iglesia centrada* y, con frecuencia, las fortalecieron con argumentos y ejemplos complementarios. Les agradezco mucho por sus aportes. También hubo lugares en los que cada autor presentó críticas u oposición. De igual forma, considero que estas críticas son muy útiles. Algunas veces estuve de acuerdo y simplemente dije: “Tienen razón”. Y en alguna parte no estuve de acuerdo, pero aun así aprendí sobre cosas que debería hacer de una forma diferente, cosas que comparto con el lector. Finalmente, tengo una categoría de “No estoy de acuerdo, pero sus planteamientos son

interesantes”. En otras palabras, aunque no esté de acuerdo con sus críticas, los asuntos que plantean son muy útiles para una reflexión adicional, así que me tomo el tiempo de hacer esa reflexión y cortar algo del fruto.

Me reservaré casi todo lo que tengo que decir para después (en mis respuestas específicas a los ensayos), pero hay dos lecciones importantes que son producto de estas interacciones y que puedo resumir y presentar aquí. La primera es que *Iglesia centrada* es un libro demasiado corto. Puede que suene absurdo decir esto sobre un volumen de más de 200 mil palabras, montones de recuadros y cientos de notas al pie en fuente pequeña. En cierto sentido, *es* bastante extenso y esta nueva serie que lo separa en varios volúmenes es testimonio de ello. Sin embargo, ya que *Iglesia centrada* abarca tanto territorio, vi que muchas de las críticas pedían que se incluyera contenido que ya existe en otros lugares. Gran parte de lo que Dane Ortlund habría querido ver en los capítulos de la Renovación del evangelio se puede encontrar en el libro *Preaching: Communicating Faith in an Age of Skepticism* [*La predicación: compartiendo la fe en tiempos de escepticismo*]. Otros escritores de los ensayos se quejan de que se deben formular ciertas tesis y argumentos, los cuales existen en libros como *Generous Justice: How God’s Grace Makes Us Just* [*Justicia generosa: cómo la gracia de Dios nos hace justos*] y *Every Good Endeavor: Connecting Your Work to God’s Work* [*Toda buena obra: conectando tu trabajo con el trabajo de Dios*]. Estos ensayos me ayudaron a ver que estos textos complementarios son más importantes de lo que creía en la tarea de capacitar a las personas para el trabajo en el ministerio hoy y no se deben pasar por alto.

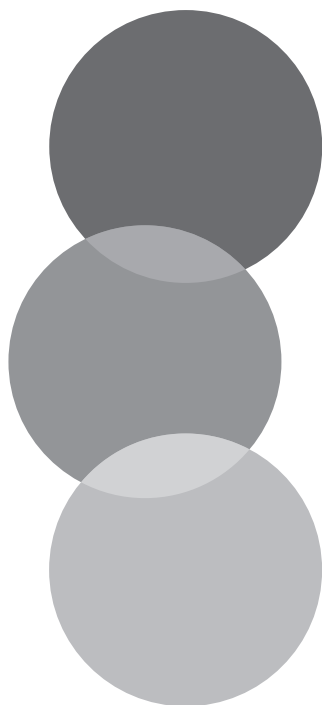
La segunda lección que estoy aprendiendo es que primero soy un practicante —alguien que trabaja como pastor y predicador— no un teólogo. Eso significa que mi práctica real del ministerio es más completa que mi descripción teórica del mismo. Uno de los escritores de los ensayos señaló varias veces algo así: “Keller dice *esto*, pero nunca lo trae para conectarlo con *aquello*”. A menudo agrega amablemente: “Sé que lo hace en su predicación, pero aquí no lo veo”. Como muchos practicantes, puedo hacer algo con cierto grado de habilidad, pero luego tengo problemas para explicar lo que hice o cómo lo

puede hacer alguien más. Algunos de los ensayos me han mostrado aspectos específicos en los que me quedo corto en este sentido.

Con todo esto quiero decir que los ensayos enriquecen grandemente el valor del material que tienen ahora en sus manos. Espero que el intercambio del diálogo y las ideas adicionales, así como el material original, hagan de este libro una herramienta valiosa de capacitación para equipar a los cristianos para el ministerio en un mundo cada vez más complejo.

Parte I

TEOLOGÍA DEL EVANGELIO



Capítulo 1

EL EVANGELIO NO LO ES TODO

¿Qué queremos decir con “el evangelio”? Responder a esta pregunta es un poco más complejo de lo que a menudo pensamos. No todo lo que la Biblia enseña puede considerarse “el evangelio” (aunque puede argumentarse que toda la doctrina bíblica es un cimiento necesario para entender el evangelio). El evangelio es un *mensaje* acerca de cómo hemos sido rescatados del peligro. La mismísima palabra *evangelio* tiene como su cimiento la información de un acontecimiento que altera la vida y que ya ha sucedido.¹

1. El evangelio son buenas noticias, no buen consejo. El evangelio no es primeramente una forma de vida. No es algo que hacemos, sino algo que se hizo por nosotros y a lo que debemos responder. En la traducción griega del Antiguo Testamento, la Septuaginta, la palabra *euangelizō* (proclamando las buenas noticias) aparece veintitrés veces. Como vemos en el Salmo 40:9 —“En medio de la gran asamblea he dado a conocer Tu justicia” (NVI)— el término se usa generalmente para declarar las noticias de algo que ha ocurrido a fin de rescatar y liberar a la gente del peligro. En el Nuevo Testamento, el grupo de palabras *euangelion* (buenas noticias), *euangelizō* (proclamar las buenas noticias) y *euangelistēs* (el que proclama las buenas noticias) aparecen por lo menos ciento treinta y tres veces. D. A. Carson llega a esta conclusión después de un profundo estudio de las palabras del evangelio:

Porque el evangelio son noticias, buenas noticias [...] debe ser anunciado; eso es lo que se hace con las noticias. El elemento heráldico esencial de la predicación está vinculado

al hecho de que el mensaje central no es un código de ética que debe debatirse, y menos aún una lista de aforismos para admirarlos y meditarlos, y ciertamente no es una teología sistemática que deba delinarse y esquematizarse. Aunque adecuadamente conecta la ética, los aforismos y la sistemática, no es ninguno de estos tres. Son noticias, buenas noticias, y por consiguiente deben anunciarse públicamente.²

2. El evangelio son las buenas noticias de que hemos sido rescatados o salvados. ¿Y *de* qué se nos ha rescatado? ¿De qué peligros hemos sido salvados? Una mirada a las palabras del evangelio en el Nuevo Testamento nos muestra que somos rescatados del “castigo venidero” al final de la historia (1Ts 1:10). Pero este castigo no es una fuerza impersonal, sino que es la ira, el castigo de Dios. Estamos alejados de la comunión con Dios; nuestra relación con Él está quebrantada.

Tal vez en la más exhaustiva exposición del evangelio en la Biblia, Pablo identifica la ira de Dios como el gran problema de la condición humana (Ro 1:18-32). Aquí vemos que la ira de Dios tiene muchas ramificaciones. El texto que sirve de antecedente es Génesis 3:17-19, en el que la maldición de Dios recae sobre todo el orden creado debido al pecado humano.

Porque estamos separados de Dios, nos sentimos *psicológicamente* alienados en nuestro interior: experimentamos vergüenza y temor (Gn 3:10). Porque estamos separados de Dios, también estamos *socialmente* alienados entre nosotros (el v 7 describe cómo Adán y Eva debieron vestirse y el v 16 habla de la separación entre los géneros; nótese también cómo se echan la culpa mutuamente cuando dialogan con Dios en los vv 11-13). Porque estamos separados de Dios, nos encontramos asimismo alienados *físicamente* de la naturaleza. Ahora experimentamos sufrimiento, trabajo pesado, degeneración física y muerte (vv 16-19). De hecho, la tierra misma ha sido “maldecida” (v 17; ver Ro 8:18-25).

Después de salir del paraíso, vivimos en un mundo lleno de sufrimientos, enfermedades, pobreza, discriminación racial, desastres naturales, guerras, envejecimiento y muerte, y todo esto proviene de

la ira y maldición de Dios sobre el mundo. El mundo está desquiciado y necesitamos que nos rescaten. Sin embargo, la raíz de nuestro problema no son estas relaciones “horizontales” —aunque son las que a menudo saltan a la vista— es nuestra relación “vertical” con Dios. Todos los problemas humanos son a fin de cuentas síntomas, y la causa es nuestra separación de Dios. La razón de toda la miseria —todos los efectos de la maldición— es que no estamos reconciliados con Dios. Esto lo vemos en textos como Romanos 5:8 y 2 Corintios 5:20. Por lo tanto, el enfoque primero y principal de cualquier rescate de la raza humana, lo esencial para salvarnos, es restablecer de nuevo nuestra relación con Dios.

3. El evangelio son noticias de lo que Jesucristo ha hecho para restablecer nuestra relación con Dios. Convertirse en cristiano tiene que ver con un cambio de estado. En 1 Juan 3:14 se afirma que “*hemos pasado* de la muerte a la vida” (énfasis agregado), no que *estamos* pasando de la muerte a la vida.³ Tú estás en Cristo o no lo estás; eres perdonado y aceptado o no lo eres; tienes vida eterna o no la tienes. Por eso el Dr. Martyn Lloyd-Jones a menudo empleaba una pregunta de diagnóstico para determinar tanto el entendimiento como la condición espiritual de una persona. Él preguntaba: “¿Estás preparado en este momento para decir que eres cristiano?”. Relata que con el correr de los años siempre que hacía la pregunta, la gente con frecuencia vacilaba y luego contestaba: “Siento que no soy suficientemente bueno”. A esto, él da esta respuesta: “En seguida sé que [...] todavía están pensando en términos de ellos mismos: la idea que aún tienen es que necesitan hacerse lo suficientemente buenos para ser cristianos [...] Suena muy humilde, pero es la mentira del diablo, es la negación de la fe [...] nunca serás lo suficientemente bueno; nunca nadie lo ha sido. ¡La esencia de la salvación cristiana es decir que Él [Dios] es lo suficientemente bueno y que yo estoy en Él!”⁴

El punto de Lloyd-Jones es que convertirse en cristiano significa un cambio en nuestra relación con Dios. La obra de Jesús, cuando se cree y se descansa en ella, de inmediato cambia nuestra posición ante Dios. Estamos “en Él”.

Desde que leí el famoso ensayo de J. I. Packer como introducción a *Death of Death in the Death of Christ* [*Muerte de la muerte en la*

muerte de Cristo] de John Owen, me encantó “Dios salva pecadores” como un buen resumen del evangelio:

Dios salva pecadores. Dios: el Trino Yahvé, Padre, Hijo y Espíritu; tres Personas que trabajan unidas con sabiduría soberana, poder y amor para lograr la salvación de un pueblo escogido, el Padre que elige, el Hijo que cumple la voluntad del Padre al redimir, el Espíritu que ejecuta el propósito del Padre y del Hijo al renovar. Salva: hace todo de principio a fin, hace lo necesario para llevar al hombre de la muerte en pecado a la vida en gloria: planifica, lleva a cabo y comunica la redención, llama y sostiene, justifica, santifica, glorifica. Pecadores: hombres tal como Dios los encuentra: culpables, viles, desvalidos, imposibilitados, incapaces de levantar un dedo para cumplir la voluntad de Dios ni para mejorar su parte espiritual.⁵

El evangelio no es resultado del evangelio

El evangelio no se trata de algo que hacemos, sino de lo que ha sido hecho por nosotros; con todo y eso el evangelio produce toda una nueva forma de vida. Esta gracia y las buenas obras que resultan deben distinguirse y conectarse. El evangelio, sus resultados y sus implicaciones deben relacionarse entre sí con mucho cuidado, sin confundirse ni separarse. Uno de los dictados de Martín Lutero fue que somos salvos por fe únicamente, pero no por una fe que permanece sola. Su punto radica en que la verdadera creencia evangélica siempre y necesariamente lleva a las buenas obras, pero la salvación de ninguna manera se alcanza a través de las buenas obras ni por razón de ellas. La fe y las obras nunca deben confundirse la una con la otra, ni pueden tampoco separarse (Ef 2:8–10; Stg 2:14, 17–18, 20, 22, 24, 26).

Estoy convencido de que la creencia en el evangelio nos lleva a cuidar del pobre y a participar activamente en nuestra cultura, así como estoy convencido de que Lutero dijo que la verdadera fe lleva a las buenas obras. Pero así como la fe y las obras no deben separarse

ni confundirse, los resultados del evangelio nunca deben separarse del evangelio mismo ni confundirse con él. A menudo he escuchado a personas predicar de esta manera: “Las buenas noticias nos dicen que Dios *está* sanando y *sanará* al mundo de todas sus heridas; por lo tanto, la obra del evangelio es trabajar para que haya justicia y paz en el mundo”. El peligro de esta manera de pensar no está en que las afirmaciones sean falsas (no lo son), sino que confunde los efectos con las causas. Confunde lo que el evangelio *es* con lo que el evangelio *hace*. Cuando Pablo habla de la renovada creación material, declara que nosotros tenemos garantizados los cielos nuevos y la tierra nueva, porque en la cruz Jesús restauró nuestra relación con Dios como verdaderos hijos e hijas. Romanos 8:1-25 enseña de manera extraordinaria que la redención de nuestros cuerpos y de todo el mundo físico ocurre cuando recibimos “nuestra adopción”. Como Sus hijos, tenemos garantizada nuestra herencia futura (Ef 1:13-14, 18; Col 1:12; 3:24; Heb 9:15; 1P 1:4), y *por causa de* esa herencia, el mundo es renovado. El *futuro* es nuestro gracias a que en el *pasado* Cristo culminó la obra.

No debemos, entonces, dar la impresión de que el evangelio es simplemente un programa de rehabilitación divina para el mundo, sino más bien que es una obra sustitutiva ya consumada. No debemos representar el evangelio como algo que primordialmente *une* (el programa del reino de Cristo), sino más bien como algo que se *recibe* (la obra consumada de Cristo). Si cometemos este error, el evangelio se torna en otra clase de salvación por obras, en vez de salvación por fe. Como escribe J. I. Packer: “El evangelio nos trae soluciones a estos problemas [de sufrimiento e injusticia], pero lo hace resolviendo primero [...] el más profundo de los problemas humanos, el problema de la relación del hombre con su Hacedor; y a menos que pongamos en claro que la solución de estos primeros problemas depende de que se solucione este último, estamos desvirtuando el mensaje y convirtiéndonos en falsos testigos de Dios”.⁶

Un asunto relacionado con esto tiene que ver con si el evangelio se propaga haciendo justicia. No solo la Biblia repite una y otra vez que el evangelio se difunde mediante la predicación, sino que el sentido común nos indica que las obras de amor, por importantes

que sean como acompañamiento de la predicación, no pueden por sí mismas llevar a la gente al conocimiento salvador de Jesucristo. Francis Schaeffer argumentó correctamente que las relaciones cristianas mutuas constituyen el criterio que el mundo usa para juzgar si el mensaje es verdadero, así que la comunidad cristiana es la “apologética final”.⁷ Nótese de nuevo, sin embargo, la relación entre fe y obras. Jesús dijo que una comunidad llena de amor es necesaria para que el mundo sepa que Dios lo envió (Jn 17:23; cf 13:35). Compartir nuestro bien con los demás y con el necesitado es una señal poderosa para los no creyentes (ver la relación entre testificar y compartir en Hechos 4:31-37 y Hechos 6). Pero las obras caritativas, aunque encarnen las verdades del evangelio y no puedan separarse de la predicación del evangelio, no deben mezclarse con él.

El evangelio es ante todo la divulgación de la obra de Cristo en nuestro favor; constituye el porqué y el cómo; el evangelio es salvación por gracia. El evangelio es noticia porque trata de una salvación que se consumó por nosotros. Es noticia que crea una vida de amor, pero la vida de amor no es en sí el evangelio.⁸

El evangelio tiene dos enemigos iguales y opuestos

Al padre de la iglesia primitiva, Tertuliano, se le atribuye haber dicho: “Así como Jesús fue crucificado entre dos ladrones, igualmente el evangelio siempre está crucificado entre estos dos errores”.⁹ ¿A qué errores se refería Tertuliano? A menudo los denomino *religión e irreligión*; los términos teológicos son *legalismo* y *antinomianismo*. Otra forma de describirlos sería *moralismo* y *relativismo* (o *pragmatismo*). Estos dos errores constantemente buscan corromper el mensaje y robarnos el poder del evangelio. El legalismo dice que debemos vivir una vida santa y buena para poder ser salvos. El antinomianismo dice que porque somos salvos, no tenemos por qué vivir una vida santa y buena.

Esta es la posición “punta de lanza” del evangelio. Una muy clara y aguda distinción entre legalismo, antinomianismo y el evangelio es a menudo decisiva para que obre el poder transformador de vida del

Espíritu. Si nuestro mensaje del evangelio ligeramente se asemeja a “debes creer y vivir correctamente para ser salvo” o “Dios ama y acepta a todos tal como son”, descubriremos que nuestra comunicación no está haciendo la obra transformadora de cambio de identidad y renovación del corazón que se describe en la parte siguiente de este libro. Si solo predicamos la doctrina general y la ética de las Escrituras, no estamos predicando el evangelio. El evangelio son las buenas noticias de que Dios ha cumplido nuestra redención en Cristo para llevarnos a la relación correcta con Él y a la larga destruir todas las consecuencias del pecado en el mundo.

Con todo, puede argumentarse con precisión que para entender todo esto —quién es Dios, por qué necesitamos salvación, qué hizo Él para salvarnos— debemos conocer las enseñanzas básicas de toda la Biblia. J. Gresham Machen, por ejemplo, se refiere a las doctrinas bíblicas de Dios y el hombre como las “presuposiciones del evangelio”.¹⁰ Esto quiere decir que es totalmente necesario entender las doctrinas de la Trinidad, la encarnación de Cristo, el pecado original y el pecado en general. Si no entendemos, por ejemplo, que Jesús fue no solo un hombre bueno, sino la segunda persona de la Trinidad, o si no entendemos lo que significa la “ira de Dios”, es imposible comprender lo que Jesús hizo en la cruz. No solo eso, sino que el Nuevo Testamento constantemente explica la obra de Cristo en términos del Antiguo Testamento: en el lenguaje del sacerdocio, el sacrificio y el pacto.

En otras palabras, *no* debemos meramente predicar la Biblia en general; debemos predicar el evangelio. Sin embargo, a menos que los que escuchan el mensaje tengan un entendimiento sencillo de la Biblia, no comprenderán el evangelio. Cuanto más entendamos todo el cuerpo de la doctrina bíblica, mejor entenderemos el propio evangelio, y cuanto más entendamos el evangelio, veremos con mayor claridad que esto es, a la larga, de lo que trata la Biblia. El conocimiento bíblico es necesario para el evangelio y distinto al evangelio, sin embargo, a menudo sucede que cuando el evangelio no se halla realmente presente, la gente comienza a equivocarse en cuanto a la identidad misma del evangelio.

El evangelio tiene capítulos

Así que el evangelio son buenas noticias; no es algo que nosotros hacemos, sino algo que se ha hecho a nuestro favor. Así de sencillo. Pero cuando formulamos preguntas como: “¿Buenas noticias de qué?”, o: “¿Por qué son buenas noticias?”, la riqueza y la complejidad del evangelio comienzan a surgir.

Hay dos maneras básicas de contestar la pregunta: “¿Qué es el evangelio?”. La primera es ofrecer las buenas noticias bíblicas de cómo podemos estar a bien con Dios. Esto es si entendemos la pregunta como: “¿Qué debo hacer *yo* para ser salvo?”. La segunda es ofrecer las buenas nuevas bíblicas de todo lo que Dios llevará a cabo en la historia a través de la salvación de Jesús. Esto es si entendemos la pregunta como: “¿Hay esperanza para el mundo?”.

Si concebimos la pregunta de la primera manera que es más individualista, explicamos cómo puede un ser humano pecador reconciliarse con un Dios santo y ver, como consecuencia, su vida transformada. Es un mensaje acerca de *individuos*. La respuesta puede bosquejarse así: quién es Dios, qué es el pecado, quién es Cristo y lo que hizo, y qué es la fe. Estas son básicamente proposiciones. Si concebimos la pregunta de la segunda manera —todo lo que Dios realizará en la historia—, explicamos cómo se formó el mundo, por qué se desvió, y qué debe suceder para que sea restaurado. Este mensaje tiene que ver con el *mundo*. La respuesta puede bosquejarse así: la creación, la caída, la redención y la restauración. Estos son capítulos de una trama, una historia.

Como veremos en el próximo capítulo, no hay una sola manera de presentar el evangelio bíblico. Por eso te insto a que trates de ser lo más preciso posible en tus presentaciones del evangelio. El peligro de responder solo a la primera pregunta (“¿Qué debo hacer para ser salvo?”) sin contestar la segunda (“¿Hay esperanza para el mundo?”) está en que, por sí sola, la primera puede comunicar la idea occidental de que la religión existe para proporcionar bienes espirituales que satisfacen las necesidades del individuo de ser liberado de la culpa y de la esclavitud. No habla mucho de la bondad de la creación original ni de la preocupación de Dios por el mundo material; por eso, esta concepción podría condicionar al oyente a ver el cristianismo como

un mero escape del mundo. Pero el peligro de concebir el evangelio de una manera muy estricta como un hilo argumental de la renovación del mundo es todavía mayor. Les habla a los oyentes acerca del plan de Dios para salvar el mundo, pero no les dice cómo estar verdaderamente bien con Dios y ser parte de ese programa. En realidad, diré que sin el primer mensaje, el segundo no es el evangelio. J. I. Packer escribe de esta manera:

En años recientes, grandes avances en la teología bíblica y en la exégesis canónica contemporánea le han dado mayor precisión a nuestro entendimiento de la historia general de la Biblia acerca de cómo el plan de Dios de bendecir a Israel, y a través de Israel al mundo, llegó a su clímax en y por medio de Cristo. Pero no veo cómo puede negarse que cada libro del Nuevo Testamento, sea cual fuere la obra que estuviera haciendo, tenga en mente de una u otra manera la pregunta más importante de Lutero: "¿Cómo puede un pecador débil, perverso y culpable encontrar a un Dios misericordioso?". Ni puede negarse que el cristianismo verdadero solo comienza cuando se hace ese descubrimiento. Y en la medida en que los desarrollos modernos, al llenar nuestro horizonte con la gran metanarrativa, nos distraen de ir tras la pregunta de Lutero en términos personales, imposibilitan, aunque también ayudan, nuestra apreciación del evangelio.¹¹

Aún así, la gran narrativa de la redención cósmica de la Biblia es un antecedente crucial para ayudar a que un individuo esté bien con Dios. Una manera de proceder es la de unir las dos respuestas a la pregunta "¿qué es el evangelio?", para que así las verdades del evangelio se sitúen en forma de historia con capítulos, en vez de presentarlas como un mero conjunto de propuestas. El método narrativo plantea las preguntas, y el método proposicional suministra las respuestas.

CAPÍTULOS	NARRATIVA EVANGÉLICA	VERDADES EVANGÉLICAS
Capítulo 1	¿De dónde venimos?	De Dios: el Único y el relacional
Capítulo 2	¿Por qué todo se dañó?	Por el pecado: esclavitud y condenación
Capítulo 3	¿Cómo se arreglarán las cosas?	En Cristo: encarnación, sustitución, restauración
Capítulo 4	¿Cómo puedo volver al buen camino?	Mediante la fe: gracia y confianza

¿Cómo conectaremos el evangelio con la persona de esta manera? Lo que sigue es un “senda de conversación” para presentar el evangelio a alguien como los capítulos de una historia. En la Biblia, la palabra *evangelio* es la declaración de lo que Jesucristo hizo para salvarnos. A la vista del uso bíblico, debemos entonces observar que los capítulos 1 (Dios y la creación), 2 (la caída y el pecado) y 4 (la fe) no son, hablando con propiedad, “el evangelio”. Son prólogo y epílogo. Simon Gathercole argumenta que Pablo y los escritores de los Evangelios consideraron que las buenas nuevas consistían en tres elementos básicos: la identidad de Jesús como Hijo de Dios y Mesías, la muerte de Jesús por el pecado y la justificación, y el establecimiento del reino de Dios y la nueva creación.¹² El evangelio, pues, está compactado en el capítulo 3, con sus tres encabezamientos: encarnación, sustitución y restauración. El capítulo 1 sobre Dios y el 2 sobre el pecado constituyen información de fondo absolutamente crucial para entender el significado de la persona y obra de Jesús, y el capítulo 4 nos ayuda a entender cómo debemos responder a la salvación de Jesús. No obstante, es lógico y natural referirse al conjunto total de los cuatro capítulos como “el evangelio”.

Capítulo 1: ¿De dónde venimos?

Respuesta: de Dios. Hay un Dios. Es infinito en poder, bondad y santidad y, sin embargo, es personal y amoroso. Es un Dios que nos habla por la Biblia. Y el mundo no es un accidente, sino la creación del único Dios (Gn 1). Él creó todas las cosas, pero ¿*por qué* lo hizo?

¿Por qué creó el mundo y nos creó a nosotros? La respuesta es lo que hace que la comprensión cristiana de Dios sea profunda y singular. Mientras hay un solo Dios, en el ser de Dios hay tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son igualmente Dios y que se han amado, adorado, servido y gozado los unos de los otros desde toda la eternidad. Si Dios hubiera sido unipersonal, no habría conocido el amor hasta que creara a otros seres. En ese caso, amor y comunidad no habrían sido componentes esenciales de Su carácter; hubieran surgido posteriormente. Pero Dios es trino, por lo tanto, el amor, la amistad y la comunidad son consustanciales a Él y están en el centro de toda realidad. Así que un Dios trino nos creó (Jn 1:1-4), pero no lo hizo para conseguir el gozo del amor y servicio mutuos, porque ya los poseía. Más bien, nos creó para compartir con nosotros Su amor y servicio. Como vemos en Juan 17:20-24, las personas de la Trinidad se aman y sirven mutuamente: están “orientadas hacia los otros”.¹³ Y así nos creó Dios para que vivamos de la misma manera. Para compartir el gozo y el amor que Dios conocía intrínsecamente, creó un mundo bueno que Él cuida, un mundo lleno de seres humanos que fueron llamados a adorarlo, conocerlo y servirlo a Él, no a sí mismos.¹⁴

Capítulo 2: ¿Por qué todo se dañó?

Respuesta: Por el pecado. Dios nos creó para que lo adoráramos, lo sirviéramos y para que amáramos a los demás. Vivir de esta manera habría significado ser completamente felices y disfrutar de un mundo perfecto. Pero al contrario, toda la raza humana se alejó de Dios y se rebeló contra Su autoridad. En vez de vivir para Dios y para nuestro prójimo, vivimos vidas centradas en nosotros mismos. Ya que nuestra relación con Dios se rompió, todas las demás relaciones —con otros seres humanos, con nosotros mismos y con el mundo creado— también se han roto. El resultado es la corrupción y la descomposición espiritual, psicológica, social y física. “Las cosas se deshacen por completo; el centro no puede sostenerse. La mera anarquía se desata en el mundo”,¹⁵ el mundo está ahora bajo el poder del pecado.

El pecado cosecha dos terribles consecuencias. Una es la esclavitud espiritual (Ro 6:15-18). Podemos creer o no creer en Dios, pero

sea lo que fuere, nunca hacemos de Él nuestra mayor esperanza, bien ni amor. Tratamos de mantener el control de nuestras vidas viviendo para otras cosas: dinero, carrera, familia, fama, romance, sexo, poder, comodidad, causas sociales y políticas o cualquier otra cosa. Pero el resultado es siempre una pérdida de control, una forma de esclavitud. Todos tienen que vivir por algo, y si ese algo no es Dios, nos impulsa entonces esa razón por la que vivimos: afanarse para lograrla, el miedo desmedido si está amenazada, la ira intensa si se cierra el paso y la desesperación inconsolable si la perdemos. El novelista David Foster Wallace, poco antes de suicidarse, pronunció estas palabras durante la ceremonia de graduación de 2005 de la Universidad de Kenyon:

Todo el mundo adora. La única opción que se nos ofrece es escoger lo que adoramos. Y la razón apremiante para tal vez escoger algo de tipo divino o espiritual para adorar [...] es que cualquier otra cosa que adores te comerá vivo. Si adoras el dinero y las cosas materiales, si es de ellas de donde extraes el verdadero significado de la vida, nunca tendrás suficiente, nunca sentirás que tienes bastante... Adora tu cuerpo, tu belleza y tu atracción física y siempre te verás horrible. Y cuando el tiempo y la edad comiencen a mostrar sus huellas, morirás un millón de veces antes de que finalmente te golpeen [...] Adora el poder y terminarás sintiéndote débil y temeroso; necesitarás ser más poderoso que otros para adormecer tu propio miedo. Adora tu intelecto, ser visto como alguien inteligente, y acabarás por sentirte un idiota, un fraude, siempre al borde de que te descubran. Pero lo insidioso acerca de estas formas de adoración es [...] que son inconscientes. Son posiciones preestablecidas.¹⁶

La segunda consecuencia fundamental del pecado es la condenación (Ro 6:23). No sufrimos solamente a causa del pecado; somos *culpables* debido al pecado. A menudo decimos: “Está bien, no soy una persona muy religiosa, pero soy una buena persona, y eso es lo que más importa”. ¿Pero es verdad? Imagínate a una mujer, una viuda pobre, con un solo hijo. Ella le enseña cómo quiere que viva: que

diga siempre la verdad, trabaje duro y ayude al pobre. Aunque no gana mucho dinero, con sus escasos ahorros puede costearle al hijo la universidad. Imagínate que el hijo se gradúa, y apenas habla con su mamá. De vez en cuando le envía una tarjeta de Navidad, pero no la visita, no le contesta el teléfono ni las cartas; no habla con ella. Sin embargo, está viviendo tal como ella le enseñó: es honrado, trabajador y caritativo. ¿Sería esto aceptable? ¡Claro que no! ¿No diríamos que al vivir una “buena vida”, pero desatendiendo una relación con el ser al que le debía todo, está haciendo algo condenable? Igualmente, si Dios nos creó, le debemos todo; y si no vivimos para Él, aunque “vivamos una buena vida”, no es suficiente. Todos tenemos una deuda que pagar.

Capítulo 3: ¿Cómo se arreglarán las cosas?

Respuesta: Cristo. Primeramente, Jesucristo arregla las cosas por medio de Su *encarnación*. C. S. Lewis escribió que si hay un Dios, nosotros de seguro no nos relacionamos con Él de la misma manera en que la gente del primer piso de un edificio trata a la del segundo piso. Nos relacionamos con Él así como Hamlet se relaciona con Shakespeare. Nosotros (los personajes) tal vez sepamos bastante acerca del dramaturgo, pero solo si él decide escribir su propia información en el drama.¹⁷

En la perspectiva cristiana, sin embargo, creemos que Dios hizo mucho más que simplemente darnos información. Muchos de los admiradores de las historias detectivescas y novelas de misterio de Dorothy Sayers señalan que ella fue una de las primeras mujeres en ingresar a la Universidad de Oxford. El personaje principal de sus historias, Lord Peter Wimsey, es un investigador aristócrata y soltero. Pero en algún momento en las novelas aparece un nuevo personaje, Harriet Vane, a quien describe como una de las primeras mujeres en graduarse de Oxford y escritora de novelas de misterio. Con el tiempo, ella y Peter se enamoran y se casan. ¿Quién era ella? Muchos creen que Sayers vio el mundo que había creado, se enamoró de su héroe solitario y se introdujo en la historia para salvarlo. ¡Muy conmovedor! Sin embargo, no es ni tan conmovedor ni tan sorprendente como lo es la realidad de la encarnación (Jn 1:14). Dios, por así

decirlo, contempló el mundo que había creado, vio nuestro extravío y se compadeció de Su pueblo. Por eso se introdujo *a Sí mismo* en la historia humana como el personaje principal (Jn 3:16). La segunda persona de la Trinidad, el Hijo de Dios, vino al mundo en forma humana, Jesucristo.

La segunda manera en que Jesús arregla las cosas es por medio de la *sustitución*. Porque somos culpables y estamos condenados, un Dios justo no puede hacer la vista gorda ante nuestros pecados. Arrepentirse no es suficiente. Nunca permitiríamos que un juez terrenal dejara libre a un criminal solo porque se arrepintió; ¿podríamos entonces esperar que un Juez Celestial perfecto lo hiciera? Incluso cuando perdonamos el mal que nos han hecho, no podemos limitarnos a perdonar sin algún costo. Si alguien nos lastima o nos quita dinero, felicidad o reputación podemos hacer que nos retribuya o perdonarlo. Esto significa que *nosotros* mismos absorbemos el costo sin remuneración. Jesucristo vivió una vida perfecta; es el único ser humano que lo ha hecho (Heb 4:15). Al final de Su vida merecía bendición y aceptación; al final de nuestras vidas, porque todos vivimos en pecado, merecemos el rechazo y la condenación (Ro 3:9-10). Pero llegada la plenitud del tiempo, Jesús recibió en nuestro lugar, en la cruz, el rechazo y la condenación que nosotros merecemos (1P 3:18), para que al creer en Él, podamos recibir la bendición y la aceptación que Él merece (2Co 5:21).

No hay cosa más conmovedora que la historia de alguien que da su vida para salvar a otro. En la obra de Charles Dickens, *Historia de dos ciudades*, dos hombres –Carlos Darnay y Sydney Carton– se enamoran de la misma mujer, Lucía Manette, pero Lucía decide casarse con Carlos. Más adelante, durante la Revolución Francesa, Carlos está preso y espera su ejecución en la guillotina. Sydney visita a Carlos en la prisión, lo droga y hace que lo saquen. Cuando una joven costurera (también en espera de ejecución) se da cuenta de que Sydney está tomando el lugar de Carlos, se sorprende y le pide que le sostenga la mano para que le dé fortaleza. Está sumamente conmovida por este sacrificio sustitutivo, ¡y ni siquiera era por ella! Cuando comprendemos que Jesús hizo exactamente lo mismo por

nosotros, lo cambia todo: la manera como vemos a Dios, a nosotros mismos y al mundo.

La tercera manera como Jesús arregla las cosas es mediante la *restauración* final de todo lo que se ha descarriado en el mundo. La primera vez Jesús bajó del cielo a la tierra, vino en debilidad para sufrir por nuestros pecados. Pero en Su Segunda Venida juzgará al mundo, pondrá fin a toda maldad, sufrimiento, corrupción y muerte (Ro 8:19–21; 2P 3:13). Esto significa que la salvación de Cristo no se refiere meramente a salvar nuestras almas para que podamos escapar de la maldición del mundo físico. Más bien, la meta final es la renovación y restauración del mundo material y la redención de nuestras almas y de nuestros cuerpos. Vinoth Ramachandra hace notar la singularidad de esta perspectiva entre las religiones del mundo:

Así nuestra salvación no se asienta en salir de este mundo, sino en la transformación de este mundo [...] No encontrará otros sistemas religiosos ni filosofías de la humanidad capaces de ofrecerle esperanza al mundo. La visión bíblica es única y singular. Por eso, cuando alguien dice que hay salvación en otras creencias, le pregunto: “¿De qué salvación está hablando?”. Ninguna otra fe propone una promesa de salvación eterna para el mundo a la manera de la cruz y la resurrección de Jesús.¹⁸

Capítulo 4: ¿Cómo puedo volver al buen camino?

Respuesta: Por fe. Jesús murió por nuestros pecados y se levantó de la tumba. Por fe en Él nuestros pecados pueden ser perdonados y podemos estar seguros de vivir para siempre con Dios, y de que un día seremos levantados de la muerte como Cristo. Entonces, ¿qué significa creer, tener fe? Primero, es entender lo que significa salvación “por fe”. Creer en Cristo no quiere decir que nuestro pasado es perdonado, que tenemos un nuevo comienzo en la vida y que debemos simplemente tratar de vivir mejor que antes. Si piensas de esta manera, sigues poniendo su fe en ti mismo. Eres tu propio Salvador. Acudes a tus esfuerzos y habilidades morales para estar bien con Dios. Pero esto jamás dará resultado, porque nadie vive una vida perfecta. Aun

nuestras mejores acciones están manchadas por el egoísmo y los motivos impuros.

El evangelio significa que cuando creemos en Cristo “ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús” (Ro 8:1). Poner nuestra fe en Cristo no es esforzarnos más; significa *transferir nuestra confianza*, apartarla de nosotros y descansar en Él. Es pedir: “Padre, acéptame no por lo que he hecho o haré, sino por lo que Jesús ya hizo en mi lugar”. Cuando así lo hacemos, somos adoptados en la familia de Dios y se nos concede el derecho a Su amor paternal y eterno (Jn 1:12–13).

Lo segundo que hay que recordar es que no es la calidad de la fe lo que nos salva; es lo que Jesús hizo por nosotros. Es fácil presuponer que ser “salvado por fe” quiere decir que Dios nos amará *debido* a la profundidad de nuestro arrepentimiento y fe. Pero repito, eso sutilmente nos hace ser nuestro propio salvador y no Jesús. No es la cantidad de nuestra fe, sino el objeto de nuestra fe lo que nos salva. Piense en dos personas que abordan un avión. Una de ellas tiene poca fe en el avión o en la tripulación y está llena de temores y dudas. La otra confía plenamente en el avión y en la tripulación. Ambas entran al avión, vuelan a su destino y se bajan sanas y salvas. Una de las personas tenía cien veces más fe en el avión que la otra, pero igualmente las dos estaban seguras. No fue la cantidad de fe, sino el objeto de la fe (el avión y la tripulación) quien evitó que sufrieran daño e hizo que llegaran con bien a sus destinos. La fe salvadora no es un nivel de seguridad psicológica; es un acto de la voluntad por el cual descansamos en Jesús. Nos entregamos enteramente a Él porque Él se entregó enteramente por nosotros (Mr 8:34; Ap 3:20).

La acertada relación del evangelio con la totalidad del ministerio

Siempre existe el riesgo de que líderes y ministros eclesiásticos conciben que el evangelio sea meramente la norma mínima de contenido doctrinal para ser un creyente cristiano. Como consecuencia, muchos predicadores y líderes se entusiasman con la idea de enseñar una doctrina más avanzada, o algunas formas de espiritualidad

más profundas, o una comunidad intencional y sacramentos, o “un discipulado más intenso”, o sanidad psicológica, o justicia social e interacción cultural. Una de las razones es el surgimiento natural de la especialización a medida que la iglesia crece y madura. La gente naturalmente quiere profundizar en temas variados y disciplinas ministeriales, pero esta tendencia puede hacernos perder de vista el todo. Aunque tengamos la tendencia de enfocarnos en un segmento o ministerio, el evangelio es lo que le da unidad a todo lo que hacemos. Cada forma de ministerio es fortalecida por el evangelio, se fundamenta en el evangelio y es el fruto del evangelio.

Tal vez aquí nos ayude una ilustración. Imagínese que es parte de una orquesta y esta comienza a tocar, pero el sonido que produce es terrible porque los instrumentos están desafinados. El problema no se resuelve por el simple hecho de afinarlos entre sí. No servirá que cada persona afine su instrumento con el del que está a su lado, porque cada persona lo afinará de manera diferente. No, todos tendrán que ajustarlos a la tonalidad correcta que proviene de un mismo tono. A menudo, tratamos en nuestra vida de afinarnos al sonido de todo lo demás. A veces la descripción que oímos es “buscar el equilibrio”. Pero las preguntas que deben formularse son estas: “¿Equilibrado con qué?”, “¿Afinado con qué?”. El evangelio no comienza afinándonos a tono con nuestros problemas y alrededores particulares; nos afina de nuevo con Dios.¹⁹

Si algún elemento del ministerio no se reconoce como *producto* del evangelio, podría en ocasiones confundirse *por* el evangelio y a la larga terminar suplantando al evangelio en la predicación y la enseñanza de la iglesia. La consejería, la dirección espiritual, el hacer justicia, el interactuar con la cultura, la instrucción doctrinal e incluso la propia evangelización se convierten en lo principal y toman el lugar del evangelio. En tales casos el evangelio, como se indicó anteriormente, deja de entenderse como el manantial, el centro dinámico del cual proceden todas las demás cosas. Ya no es el centro de la predicación, del pensamiento o de la vida de la iglesia; alguna otra cosa buena lo ha sustituido. En consecuencia, las conversiones comenzarán a disminuir en número, porque el evangelio no se predica con esa clase de corrección penetrante que deja al descubierto

los secretos del corazón (1Co 14:24-25) y que les da a los creyentes y no creyentes un sentido de la realidad de Dios, aun en contra de sus propias voluntades.

Porque el evangelio es de una riqueza infinita puede llevar el peso de ser la única “primera cosa” de una iglesia. Según 1 Pedro 1:12 y su contexto, los ángeles nunca se cansan de contemplar y explorar las maravillas del evangelio. Puede predicarse a partir de innumerables historias, temas y principios de toda la Biblia. Pero cuando la predicación del evangelio se confunde con o se separa de otros esfuerzos de la iglesia, se vuelve una mera exhortación (para sintonizar con el programa de la iglesia o un estándar bíblico de la ética) o instrucciones informativas (para inculcar los valores y creencias de la iglesia). Cuando se corta la conexión adecuada entre el evangelio y cualquier otro aspecto del ministerio, *ambos* salen perdiendo.



El evangelio es “proclamación heráldica” antes que cualquier otra cosa.²⁰ Es noticia que crea una vida de amor, si bien la vida de amor no es el evangelio en sí. El evangelio *no* es todo lo que creemos, hacemos o decimos. El evangelio debe entenderse primordialmente como buenas noticias, y las noticias no son tanto acerca de lo que debemos hacer, como de lo que ya ha sido hecho. El evangelio es sobre todo un informe acerca de la obra de Cristo por nosotros: la salvación que él logró para nosotros. Por eso es un evangelio de gracia. No obstante, como veremos en el capítulo siguiente, el hecho de que el evangelio sea noticias no significa que sea un mensaje *sencillo*. No existe tal cosa en la comprensión del evangelio como “una talla única”.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. En este capítulo se tratan varias verdades que no son el evangelio. ¿En qué sentido cada una de ellas no es el evangelio?
 - todo lo que la Biblia enseña
 - una forma de vida; algo que hacer
 - unirse al programa del reino de Cristo; un plan divino de rehabilitación para el mundo

Si el evangelio no lo es todo, ¿qué es entonces el evangelio?

2. Keller escribe: “El evangelio no se trata de lo que hacemos, sino de lo que ya ha sido hecho por nosotros; y, sin embargo, el evangelio produce toda una nueva forma de vida. Esta gracia y las buenas obras que resultan deben distinguirse y conectarse”. ¿Cómo puede un individuo o ministerio ocuparse de distinguir entre “el evangelio” y los “resultados del evangelio”?
3. La sección titulada “El evangelio tiene capítulos” muestra cómo presentar el evangelio a alguien como si fueran capítulos de una larga historia. ¿Qué otras “sendas de conversación” ha descubierto que son fructíferas para comunicar el evangelio a personas no cristianas? ¿Y a los cristianos?
4. ¿Qué ocurre cuando el evangelio se proclama sin sus resultados, o cuando se buscan sus resultados sin proclamación?



Capítulo 2

EL EVANGELIO

NO ES ALGO SIMPLE

El evangelio no lo es todo, pero en el análisis final no puede someterse a una simple fórmula con una serie de puntos que deben ser recitados a todo el mundo, en todo momento y lugar. El evangelio posee una complejidad que no puede reducirse. No quiero decir que el evangelio no pueda *presentarse* llana e incluso muy brevemente. El mismo Pablo lo hace en numerosas ocasiones (por ejemplo, Ro 10:9). El evangelio es una palabra clara y actual, pero no es una palabra simplista.¹ Aunque en el capítulo anterior di un ejemplo de un bosquejo del evangelio que considero de bastante utilidad hoy, quiero resistir al impulso, principalmente entre los evangélicos conservadores, de crear una presentación única del evangelio en una talla que sirve para todos y debe usarse en todas partes, y que sirve de prueba de la ortodoxia.

La Biblia no presenta un bosquejo estándar del evangelio

En Gálatas 1:8, Pablo condena a todo el que predica “un evangelio distinto del que les hemos predicado”. En 1 Corintios 15:11, se esmera por demostrar que el evangelio que él predica es el mismo que predicaban Pedro, Juan y el resto: “En fin, ya sea que se trate de mí o de ellos, esto es lo que predicamos, y esto es lo que ustedes han creído”. Habría sido imposible para Pablo condenar un “evangelio falso” y confirmar la predicación de Pedro como “el evangelio” sin asumir un cuerpo consensuado del contenido del evangelio. Y sin embargo, es obvio que los diversos escritores bíblicos expresan el evangelio de formas significativamente diferentes.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Moldeados por el evangelio*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!